



## EN RUEDA DE DAMAS

—Deseándolo estaba para ofrlo predicar contra el lujo.  
—Hubo un famoso fraile que lo hizo...  
—¡Ah! ¿Sí?  
—...allá por el año mil quinientos...  
—¡Uh!  
—¿Y?  
—Se llamaba Jerónimo Savonarola; pronunció unos sermones históricos, y...  
—Y no le hicieron caso.  
—Al contrario; produjo sensación, como el padre Gonzalo. Los prelados de empuje siempre han tenido mucho éxito con las señoras. Las damas de Florencia acudían a despojarse ante Fray Jerónimo Savonarola de sus joyas y las deponían á sus pies, renunciando al lujo.  
—¿Qué cosa! ¿Y es cierto?  
—Eh... Lo dice la historia, que á veces dice verdades.  
—¿Y después?  
—Después, á Fray Jerónimo Savonarola lo quemaron y las damas volvieron al lujo.  
—¿Qué horror! ¿Lo quemaron?  
—Sí.  
—¿Y por qué?  
—Porque se había vuelto revolucionario en la iglesia, como el padre Gonzalo.  
—Oh, dejé al padre Gonzalo y al otro, que son cosas del tiempo del rey que rabió, y vamos á lo nuestro.  
—Pero ¿qué es lo nuestro?  
—¡Oh! Habíamos quedado en que hoy hablaríamos sobre el lujo y yo les aposté á las muchachas á que usted predicaba contra el lujo.  
—Ah, no; hoy no vale la pena. Si fuera como en tiempos de Savonarola, en que las señoras le entregaban al predicador sus joyas...  
—No hay cuidado.  
—¿Verdad, Mercedes, que usted no me entregaría arrepentida las suyas?  
—Yo no; son regalos.  
—Bueno; pero... va á hablar ó no contra el lujo?  
—Pero ¿por qué se le ha puesto á Vd., Mercedes que yo soy contrario al lujo?  
—Porque como siempre estás en contra de lo que se usa...  
—¡Oh, no! Por el contrario; el lujo me parece un hermoso espectáculo; el esplendor, la magnificencia, el derroche mismo, como todo lo que la grandeza de la exuberancia son manifestaciones estéticas. Los puritanos en Inglaterra prohibieron con su austeridad fanática el lujo,—es decir, lo prohibieron impregnando de su espíritu religioso á la sociedad de su época,—(vestían de negro, se cortaban el pelo al rape, llevaban armas sin cincelar y zapatos sin lazos). En Inglaterra se entristeció y se volvió seca como un sarmiento. Venecia también dictó leyes sumptuarias para contener el lujo, que era desenfrenado en los buenos tiempos de la república, y...  
—Y volvemos á nuestros tiempos y á nuestro lujo, que es donde yo quiero agarrarlo porque se me pone que algo de crítica tiene adentro. ¡Raro sería que no!  
—Pues no pretendo que nadie tire sus joyas. El espectáculo de las salas de los teatros resplandeciendo con todos los diabólicos fulgores del oro y los diamantes, con el esplendor del derroche me parece magnífico, tanto más cuanto que se derrocha todo eso para halagar mi vista y la de otros como yo, que somos los espectadores. Magnífico. Sólo que me da miedo.  
—Miedo?  
—Sí.  
—¿Y por qué?  
—No sé; me parece ver mil dramas, mil dolores, mil sacrificios bajo esa red de fulgores que traduce tan enorme esfuerzo. ¿Puede gustarse tanto sin que sobrevenga una catástrofe? No hay un poco de locura en ese gastar frenético? Yo veo tras de esa furiosa magnificencia quebradas, ruinas, hipotecas, suicidios...  
—¡Jesús!

## PARA EL CONCURSO DE "TRIBUNE"

Nuestra contribución de bellezas argentinas



Sra. CLARA HUEYO

Fot. Witcomb

—Pero eso es un delirio absurdo!

—Claro. Pero lo otro también; y así yo respondí al delirio de la riqueza con el delirio de los que no tienen en qué caerse muertos.

—Pero ¿y qué sacan?...

—Sacan... la cabeza caliente y los pies fríos. Y los demás, tan contentos con sus joyas. ¿Qué les parece?